

067. Las constantes de nuestra fe

Un sacerdote, terriblemente angustiado, se arrodilla ante el Papa San Pío X, tan bondadoso. El pobre cura llora ante las dificultades en que se encuentra. Y el Papa enjuga sus lágrimas, diciéndole repetidamente: *¡Fe! ¡Fe! ¡Mucha fe!*

No eran palabras que se inventara el Papa para un gran apuro. Mucho antes, se las decía Jesús a aquel pobre hombre que no sabía qué hacer ante la tragedia del muchacho: *¡Fe! ¡Ten fe! Porque todo es posible al que cree.* El hombre aquel, fiado de Jesús, le contesta: *¡Sí! ¡Ya tengo fe! ¡Pero a veces, dudo! Señor, ¡ayuda mi incredulidad!...* (Marcos, 9,24)

Parece que los apóstoles aprendieron la lección, porque le piden una vez a Jesús con insistencia: *¡Señor, auméntanos la fe!* (Lucas 17,5)

No es extraño entonces que un Papa de la talla de Pablo VI, cuando hubo de necesitar tanta fe ante situaciones muy angustiosas de la Iglesia, pidiera a Dios para todos una fe grande, inquebrantable, sabiendo que Dios no nos va a fallar..

El Papa quería esa fe con unas características especiales, que nos van a servir ahora de hilo conductor en nuestro mensaje, el cual quisiera transmitir un optimismo jubiloso, tan propio de personas que tienen mucha fe.

Una fe PLENA, primeramente, porque invade todo el ser. No se trata de tener fe a ratos, o para unos asuntos, sí, y para otros asuntos, no, a elección nuestra. ¡No! Nuestra fe en Dios abarca toda nuestra existencia. Hemos optado por Dios y por su Cristo de una manera total e incondicional. Y esta convicción la sabemos llevar a toda la jornada, a todas nuestras acciones, a todos nuestros pensamientos, a todas nuestras decisiones.

- *¿Cuántas horas es usted creyente al día?*, le preguntaron unos alumnos desaprensivos a su profesor, a quien tenían por católico fanático. Y él, tranquilo:

- *¿Cuántas? Veinticinco horas cada día de los treinta y dos días del mes.*

La fe nuestra no es una fe forzada, sino LIBRE. No nace de la costumbre, de la moda, de la necesidad tonta del que dice: *Creo porque hay que creer.*

No hablamos nosotros así, sino que decimos a Jesucristo como el muchacho de Encuentros Juveniles que compuso esta profesión simpática:

- *Jesucristo, creo porque quiero creer, porque Tú te has empeñado en que yo crea, porque sé quién eres Tú. El día en que no me convences te dejo, pero cada vez me convences más, Amigo.*

Una actitud semejante, ya se ve que se funda en una fe CIERTA, es decir, que sabe por dónde va. Es fe de convicciones.

Sabemos quién es Dios, y nos fiamos. Sabemos quién es Jesucristo, y nos fiamos. Sabemos quién es la Iglesia y con qué autoridad enseña y manda, y nos fiamos.

Tenemos un concepto claro de las pruebas que se nos dan para poder creer. No creemos a ciegas, sino sabiendo por qué creemos. Aunque no entendamos muchas verdades, creemos con los ojos bien abiertos, pues nos decimos:

- *Jesucristo habló, la Iglesia me lo enseña, ¡pues tengo bastante y me sobra!*

La fe entonces se convierte en una fe FUERTE. Supera todas las contradicciones. No hay quien nos mueva de nuestras convicciones. Y, aunque cueste, nos fiamos de Dios.

Aquel amigo nuestro llevaba muchos años en la cama, inmóvil, desde que se le quebró la columna dorsal. El día de Jueves Santo, mientras nosotros íbamos a los actos de la Iglesia y esperábamos celebrar con tanta alegría la solemnidad de la Pascua, él se mantenía siempre clavado en su cruz, sin ninguna esperanza para esta vida, pero con fe inexplicable. Mirando el Crucifijo, nos dijo con una fe que ya hubiéramos querido para nosotros:

- *¡Qué honor que nos hace Cristo al aceptar nuestros dolores y unirlos a los suyos para la salvación del mundo!*

Veintiún años clavado en la cama sin poder moverse y hablaba así. ¿Es esto una fe fuerte?...

Aunque la fe sea muchas veces inexplicable, sin embargo es también una fe ALEGRE. Nadie como la persona de gran fe vive la felicidad de la vida. Pase lo que pase, sabe decirse siempre:

- *¡A mi Dios no me lo quita nadie!*

Y por ser fe alegre, es también una fe ACTIVA. Quien tiene una fe grande, ¿cómo va a poder parar y estarse sin hacer nada, si ve que una sola alma le necesita? La fe es la chispa que prende el motor de los apóstoles.

Aquel misionero de las selvas colombianas llevaba una vida de héroe, y la única explicación que dio de su vida fue ésta:

- *¿Cómo me voy a estar quieto y a divertirme si veo que se pierden las almas?*

Cualquiera diría que la persona con una fe así podría ser orgullosa. Pues, no. La fe es precisamente HUMILDE porque lleva a someterse siempre a Dios y a su Iglesia. Además, sabe que la fe es don de Dios, y los dones de Dios son incompatibles con la soberbia.

Lo entendía así aquel Santo grande y simpático por demás, Felipe Neri, que le hacía a Dios esta súplica cada la mañana: - *Señor, guarda a Felipe, porque si lo dejas, para la noche se habrá hecho turco.*

Y el turco en el siglo dieciséis era el prototipo del infiel.

¡Fe! ¡Mucha fe! Estamos acordes con los Papas y los Santos, pero sobre todo con Jesucristo. Lo que repetimos muchas veces, recordando el martirio del Apóstol San Bartolomé, del que dicen que lo desollaron vivo: *Me arrancarán la piel, pero mi fe católica no me la arranca nadie. Vivo con la fe de mi Bautismo, y con la fe de mi Bautismo moriré...*